

NEW LEFT REVIEW 87

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - AGOSTO 2014

ENTREVISTA

VOLODYMYR ISHCHENKO Las fracturas de Ucrania 7

ARTÍCULOS

WOLFGANG STREECK ¿Cómo terminará el capitalismo? 38
AMINATA TRAORÉ Y
BOUBACAR BORIS DIOP Imposturas africanas 69
SEAN STARRS La quimera de la convergencia 84
JOSÉ EMILIO BURUCÚA Y
NICOLÁS KWIATKOWSKI El doble ausente 101
SVEN LÜTTICKEN Sobre la Revolución Cultural 119

CRÍTICA

FRANCIS MULHERN Orwell *forever* 137
ROBIN BLACKBURN La cañonera del abolicionismo 149
BARRY SCHWABSKY Términos de disparidad 161

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el
Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador–IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

AMINATA TRAORÉ Y BOUBACAR BORIS DIOP

IMPOSTURAS AFRICANAS

Cartas desde una guerra por delegación

Bamako, 15 de enero de 2013

Mi querido Boris:

LA INTERVENCIÓN MILITAR francesa contra los islamistas, que muchos malienses han esperado y temido en los últimos meses, se ha puesto en marcha después de que el ataque yihadista sobre la ciudad de Konna los días 9 y 10 de enero precipitara los acontecimientos¹. Esas noticias nos causaron tal temor, que el sonido de las botas militares extranjeras, más que ira, ha provocado alegría y alivio entre la población. Lo que quizá sea menos evidente es un cierto grado de incomodidad o incluso de vergüenza. Los malienses saben que su ejército estaba enfrentándose a un adversario fuerte, pero también son conscientes de que la debacle militar tendrá un elevado precio que ha puesto a París en la posición de liberador. Yo estoy entre aquellos que querían a toda costa mantener a la hiena fuera del redil, pero ahí está; mis amigos y yo hemos perdido esta batalla por la paz.

Inmediatamente después de la caída de Konna se desplegó la Misión Internacional de Apoyo a Malí, supuestamente encabezada por nuestras fuerzas. Como si se tratara de una película, pudimos ver por televisión la llegada de un impresionante número de tanques, blindados, camiones y otros vehículos. Para completar nuestra humillación, todo lo que vemos de esta guerra que se despliega sobre nuestro suelo es lo que los medios de comunicación están dispuestos a mostrarnos. No es solo por

¹ Este artículo está formado por extractos de *La gloire des imposteurs. Lettres sur le Mali et l'Afrique*, París, 2014, reproducidos con permiso del editor, Philippe Rey. Las notas han sido incorporadas por la NLR.

una falta de medios o por razones de seguridad por lo que la televisión maliense se censura a sí misma: también está el orgullo por parte de nuestros periodistas, que encuentran difícil soportar la idea de que nuestros soldados sean objeto de burla para la prensa internacional, que no se está manteniendo al margen. «El inquietante ejército de Malí», dice el titular de *Libération*, que lo describe diciendo que está formado por un «batiburrillo» de elementos y que añade: «Un kalashnikov de segunda mano para cada cinco o seis soldados, falta de vendas y medicinas para los heridos en el mayor hospital militar en Kati». ¡Cómo han cambiado los tiempos! Los soldados africanos tenían una reputación mucho mejor cuando luchaban por Francia. En palabras del general Charles Mangin, un mando de las fuerzas coloniales francesas de principios de la década de 1900, «bajo la actual dirección de oficiales franceses, no hay enemigo, cualquiera que sea su número, color o armamento, al que no puedan enfrentarse con muchas posibilidades de victoria». Parece que nuestros soldados solamente pueden actuar bien bajo las órdenes de los blancos. Mangin estaba hablando en el siglo pasado, pero sus herederos, los estrategas de la Operación Serval, comparten las mismas convicciones.

Nadie me va a convencer de que la intervención no fue algo meditado. El 31 de mayo de 2012, dos semanas después de que François Hollande tomara posesión, un subcomité de defensa aprobaba un plan para la intervención militar. La idea era movilizar a la comunidad internacional a favor de una acción dirigida por los propios africanos. Como informaba *Le Figaro* el 24 de septiembre de 2012, Francia está «al frente de la futura operación cuyo esqueleto estará formado por fuerzas de la Comunidad Económica de Estados de África Occidental (ECOWAS)». El periódico señalaba que «Francia está cada vez más impaciente. Ya se han desplegado en la región varios cientos de soldados [...]. Se piensa que pronto serán reforzados por comandos de la marina». De ese modo, las semillas de la idea ya estaban plantadas cuando, el 20 de diciembre de 2012, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas adoptaba por unanimidad la resolución 2.085 que autorizaba el despliegue de una fuerza africana de 3.300 soldados por un periodo inicial de un año.

Como condición previa para cualquier intervención, la resolución 2.085 también estipulaba que el ejército de Malí debía ser nuevamente operativo. Gravemente afectado por los recortes presupuestarios que han diezmando los servicios públicos desde la década de 1980, sigue siendo la mayor fuente de empleo del país. Sin embargo, el proceso de

reclutamiento ha sido bastante opaco. Se reservaban puestos para familiares del presidente Amadou Toumani Touré y para dignatarios que sin ningún reparo los vendían al mejor postor. La práctica estaba tan extendida que los precios eran del dominio público: dos millones de francos de la Communauté Financière d'Afrique (CFA) por una plaza en el curso de formación para oficiales en la École Militaire Interarmes, y entre 250.000 y 500.000 para llegar a suboficial o soldado. Dicho sea de paso, el mismo sistema funcionaba en la policía y en el servicio de aduanas.

El deterioro de nuestras fuerzas armadas también explica el entusiasmo popular con que se saludó la Operación Serval. «Si no puedes contar con tus propios hijos para protegerte, no tiene sentido hacer demostraciones de orgullo cuando otros se encargan del trabajo, incluso aunque sepas que están actuando principalmente para defender sus propios intereses», decían los partidarios de la intervención francesa, y ello con independencia de que esta se produzca en Malí o en cualquier otra parte. Este argumento no soporta un análisis serio de las causas por las que nuestros Estados y nuestras fuerzas armadas sean tan frágiles. Además, el poderoso ejército francés también sufre recortes presupuestarios en nombre de la austeridad, pero todavía puede hacer una demostración de fuerza sobre nuestro suelo.

Lo que ha pasado es que nos han robado nuestro país, Boris, con el pretexto de protegerlo de los yihadistas. La verdad es que ellos no hubieran traído su reino de terror a Kidal, y menos aún a Konna, si Nicolas Sarkozy, flanqueado por personajes como Bernard-Henri Lévy, no hubiera decidido pasar Libia a cuchillo sin pensar en las trágicas y totalmente previsibles consecuencias. Algunas veces me parece que en esta guerra las cuestiones en juego se discuten más en Francia que en África. No entiendo por qué nuestras elites permanecen silenciosas cuando algunos de sus colegas franceses dicen alto y claro lo que piensan. Aparte de Oumar Mariko, del partido SADI (Solidarité Africaine pour la Démocratie et l'Indépendance), muy pocos políticos malienses han emitido juicios sobre la Operación Serval. El primero que habló sobre la actuación de Francia en África llamándola una «guerra poscolonial» fue Valéry Giscard d'Estaing. Su posición irritó a Michel Rocard, que declaró que, por el contrario, para él se trataba de una «cuestión de civilización». El anterior primer ministro Dominique de Villepin insistía incesantemente en que «la guerra contra el terror es un absurdo».

Solamente puedo lamentar el daño causado por *la pensée unique* cuando veo las posiciones que adoptan viejos amigos del movimiento por una globalización alternativa. Ahora están totalmente dispuestos a aprobar la Operación Serval aduciendo que había que hacer algo, que el presidente interino la había pedido y que el Consejo de Seguridad de la ONU había entregado un mandato a Francia. Samir Amin, por quien siento un profundo afecto y respeto, está entre esos activistas que consideran que la decisión de François Hollande es valerosa en una Europa incapaz de responder a las crisis árabe y africana. Por lo que respecta a Libia, Samir señala que el objetivo que perseguía la OTAN «no era la protección de civiles o de la democracia, sino controlar el petróleo y adquirir una importante base militar en el país». Sin duda tendremos muchas oportunidades de reflexionar sobre lo que diferencia a Sarkozy en Libia y a Hollande en Malí. Uno se da un baño de masas en Bengasi y el otro en Tombuctú, pero al final la misma bandera francesa ondea sobre dos ciudades devastadas.

Saint-Louis², 27 de junio de 2013

Mi querida Amy:

Ninguna intervención de una gran potencia sobre suelo extranjero ha sido saludada con tanto entusiasmo. Incluso Hollande podía permitirse cierta sorna en la ceremonia de entrega del premio de la paz Houphouët-Boigny en la UNESCO cuando dijo: «¡Empecé una guerra en Malí y eso me ha valido un premio por la paz!». También fue invitado de honor de la cumbre de la Unión Africana en Addis Abeba, que no era una cumbre cualquiera, sino la que celebraba los cincuenta años de la independencia africana. El compatriota de Talleyrand seguramente se sintió orgulloso de la manera en que fue capaz de presentar la cuadragésima novena intervención francesa en África como un acto de puro altruismo. Mientras tanto, muchos intelectuales africanos o de otros lugares que anteriormente nunca habían mostrado demasiada indulgencia hacia la *Françafrique* repentinamente empezaron a aplaudir —«con las diez manos», como dice un dicho wólof— la ofensiva francesa contra los yihadistas. La Operación Serval es la falsedad en todo su esplendor; su éxito ha superado los sueños más ambiciosos de sus estrategias. En cualquier caso, por ahora ha puesto fin a la soberanía maliense y a su relativa cohesión territorial. Habría que ser muy ingenuo para imaginar que, después de tomarse tantas molestias para liberar el norte, la Operación Serval

² Antigua capital colonial de Senegal, 320 km al norte de Dakar.

entregará las llaves del país y se conformará con una efusiva despedida. Francia se ha colocado en una buena posición en la carrera por los prodigiosos recursos naturales del Sahara. Debe asegurar por completo «su» uranio nigerino y parece poco probable que renuncie a la rebelión tuareg, que sigue siendo una valiosa baza.

En la guerra global que libra Occidente contra el «terrorismo», para París es fácil pedir el apoyo de sus antiguas colonias, sobre las que siempre ha ejercido un completo control. La Operación Serval recuerda más a la intervención de Estados Unidos en Iraq que a operaciones clásicas como «Unicornio» o «Turquesa»³, ¡pero resulta difícil imaginar que Bush invadiera Iraq llevando en el equipaje a los ejércitos de los países de América del Sur! Algunas veces pienso que Portugal, Bélgica y Gran Bretaña a menudo se deben preguntar envidiosamente cuál es el brillante truco histórico que ha permitido que París conserve el control de sus antiguas colonias africanas, mientras ellas se consideran totalmente independientes. En cualquier caso, con la Operación Serval Francia hará su agosto. Anteriormente, podía lanzar paracaidistas en Yamena, Bangui o Kolwezi de manera esporádica y, por supuesto, sin aparecer en los titulares. Esta vez ha habido sonoras declaraciones, reuniones de guerra en el palacio del Elíseo, encuestas de opinión y editoriales periodísticos.

Me persigue la imagen del los niños malienses a los lados de las carreteras de Tombuctú y Gao, viendo pasar a los soldados *toubab*⁴, de la misma manera en que hace unos años admiraban a los motociclistas del rally París-Dakar. Pocas veces hemos visto una población tan anonadada por su propio destino, sin entender nada de lo que se supone que es su guerra de liberación. Era como si repentinamente tus paisanos estuvieran viéndose a sí mismos y a su propio país en la televisión. Pero los verdaderos propósitos de esta guerra no tardarán en salir a la luz y para los malienses bien puede ser un doloroso despertar. El ruido de botas extranjeras nunca es agradable de oír. Además, como sabes, la Operación Serval empezó justamente cuando la prensa de París estaba revelando cada vez más detalles que demostraban que las fuerzas armadas francesas desempeñaron un activo papel en el atentado del 6 de abril

³ La Operación Licorne (Unicornio) designa la presencia militar francesa en Costa de Marfil desde 2002; la Operación Turquesa fue la intervención para establecer una «zona de seguridad» en el suroeste de Ruanda en 1994, que casualmente proporcionó una retirada segura para muchos de los *génocidaires* hutus.

⁴ *Toubab* es un término que se utiliza en algunos países francófonos de África para referirse a los blancos.

en Kigali. La clara implicación francesa en el último genocidio del siglo XX es una mancha indeleble en su honor y los fugaces gritos de júbilo de los malienses no servirán para borrarla.

Bamako, 24 de julio de 2013

Queridísimo Boris:

Te envidio por tener la oportunidad de hacer tantos viajes entre Saint-Louis y Dakar. Vivir fuera de la capital significa tener dos ciudades por el precio de una. A pesar de todos nuestros mejores esfuerzos, es prácticamente imposible escapar de esta duplicación; todas las actividades intelectuales, desde las grandes conferencias a los más humildes talleres, se celebran en Bamako, Dakar o Abiyán, así que siempre estamos viajando a esas ciudades. Dicho eso, no voy a criticarte por apreciar cada vez menos a tu ciudad natal. Tanto en Dakar como aquí en Bamako, veo una dinámica encaminada a transformar nuestras capitales mediante grandes proyectos de construcción que no tienen ninguna base social o cultural real. ¿Cómo podemos apropiarnos, habitar, compartir y mantener una infraestructura que se crea con el único objetivo de equiparnos con algún otro país? Mientras tanto, nuestros dirigentes acumulan deudas para construir falsas versiones de Nueva York, París o Londres, aumentando aún más la ya enorme brecha entre las «medinas» y los enclaves urbanos europeizados con sus fuertes medidas de seguridad.

No se trata simplemente de una cuestión de diferencias arquitectónicas. También es un mundo en el que el deseo de «ser como los *toubabs*» se lleva tan lejos que los vecinos ni siquiera se saludan. Esta clase de historias de «convivencia» fueron las que en parte motivaron una de mis iniciativas de carácter público: la pavimentación de las calles de mi barrio en Missira. Un día, al salir de casa, oí a un grupo de jóvenes hablando y riéndose cordialmente, pero en cuanto me vieron se quedaron callados. Me acerqué a ellos y les pregunté la causa de su silencio. Uno de ellos me contestó: «Tú has sido ministra ¿no?». «¿Y qué?», pregunté. «No, por nada». Esa breve e incisiva conversación fue como una bofetada. En mi barrio me sentía como en casa, pero como había sido ministra no estaba totalmente integrada entre mi propia gente. La iniciativa que puse en marcha después de este encuentro se llevó a la práctica entre 2008 y 2012 y la pavimentación de las calles tuvo un gran apoyo. Pero esta maravillosa movilización urbana fue *antes*, antes de esta guerra por

delegación, antes de esta guerra que nuestro país –que tiene una necesidad tan grande de recursos para construir infraestructuras básicas– no tiene los medios para llevar a cabo. Tendrá que dedicar entre el 3 y el 4 por 100 de su presupuesto a la compra de armas para combatir a un enemigo que a menudo surge de las zonas urbanas hiperdegradadas donde tantas vidas están destrozadas por el desempleo.

Los franceses han realizado su labor tan estupendamente que piensan que su único problema es encontrar a alguien a quien puedan «entregar las llaves» de mi país. Eso es lo que dijo Hollande: «Estamos preparados para marcharnos, ¡pero no sabemos a quién entregar las llaves de Malí!». Dicho de esa manera casual, ese es el peor insulto. Es una frase que debería haber provocado la misma reacción hostil que el discurso de Sarkozy en Dakar, pero que, tristemente, ha pasado totalmente desapercibida⁵. ¿Qué decir del embajador francés en Malí, Christophe Rouyer? Está en todas partes, como su colega en Naciones Unidas Gérard Araud, que se ocupa en Nueva York de asegurar el éxito de resoluciones dirigidas a sellar nuestro destino sin nuestro conocimiento. Anteriormente, en los días en que había que convencerle para que tomara parte en la lucha contra el terrorismo, Rouyer siempre estaba listo para señalar lo que él llamaba la falta de debate democrático. Ahora que nuestro Gobierno ha quedado totalmente implicado en esa lucha, el mismo diplomático aparece constantemente en la prensa mientras que la discusión pública que solía defender nunca se ha llevado a cabo.

El embajador Rouyer mantiene estrechos –por no decir incestuosos– vínculos con nuestros políticos y con prácticamente todos los medios de comunicación, a los que al comienzo de la Operación Serval garantizó 20 millones de francos de la CFA para que pudieran «preparar» su cobertura de la guerra: en otras palabras, para comprar su silencio. Tristemente, esta modesta suma fue suficiente para amordazar a unos periodistas que tenían dificultades para llegar a fin de mes. Se ha hablado mucho de la extrema pobreza de nuestros soldados como una de las causas de su falta de profesionalidad. Hay muchas razones para decir lo mismo de nuestros periodistas. Mucho antes de la debacle militar maliense, estos autoproclamados guerreros en la lucha por la libertad de expresión se vendían al representante de una potencia extranjera directamente implicada en el conflicto.

⁵ En su infame discurso del 26 de julio de 2007, Sarkozy dijo que el desafío al que se enfrentaba África era «entrar en la historia» y que los africanos estaban encerrados «en la nostalgia por el paraíso perdido de la infancia».

¿Se comportaron los medios de comunicación occidentales, que estaban lejos del campo de batalla y de los que se podría haber esperado un mínimo de compostura, de un modo adecuado para salvar por lo menos el honor de su profesión? Lejos de ello. Sus informes sobre la Operación Serval se realizaron con el prisma de sus preconcebidas ideas sobre África y flirteando con un bondadoso racismo. Ninguno de ellos llegó al extremo de cuestionar la legitimidad de la intervención militar o de sugerir una visión más amplia de la crisis en Malí. Ningún ministro de Defensa ha estado tan unánimemente mimado como Jean-Yves Le Drian. «¿Qué es lo que se nos está ocultando?». Esta es la pregunta que a menudo me hago a mí misma cuando veo las noticias. Y me preocupa no solamente en relación a Malí. Tomemos el ejemplo de Siria. ¿Quién puede identificar con seguridad los orígenes del Observatorio Sirio sobre Derechos Humanos, cuyos informes de prensa se convirtieron de la noche a la mañana en la biblia de mil y un expertos? ¿Quién creó esa entidad? ¿Quién la está financiando? ¿Nos estamos poniendo del lado de Bashar al-Assad al hacer preguntas dictadas por el simple sentido común?

En Malí las autoridades interinas sistemáticamente cierran filas detrás de Francia. Si Francia acepta una resolución o una decisión, lo mismo hacen ellas. Si París cambia de opinión, Bamako reconoce modestamente su propio error y, sin duda por pura coincidencia, adopta exactamente la misma postura. Pero los hechos son obstinados. Laurent Fabius parece ser el único que no es consciente de los terribles sufrimientos de los malienses. Hace unos cuantos días declaraba con aplomo que «estamos ganando la guerra. También tendremos que ganar la paz». Puede resultar difícil de creer, pero en este país completamente devastado hubo una inyección de adrenalina cuando se estableció el 28 de julio como fecha límite para las elecciones presidenciales. Todas las conversaciones giraban en torno al nuevo registro electoral y sobre un posible cambio en la ley, la financiación y otras cuestiones electorales que sin duda son importantes, pero que realmente son muy secundarias respecto a las causas subyacentes del colapso del Estado maliense.

Nuestros refugiados en Argelia, Níger, Mauritania y Burkina Faso se sienten abandonados, igual que los desplazados. Su posición es particularmente humillante. A modo de ejemplo: un adulto tiene que hacerse una fotografía y registrarse antes de que se le permita recibir seis kilos de arroz y medio litro de leche por cada miembro de su familia. Muchos de ellos están convencidos de que sus fotografías se utilizarán para recaudar un dinero que ellos nunca verán. Pero lo más duro para los refugiados es el brazalete que

están obligados a llevar en todo momento. Lo ven como un signo de ignominia, incluso aunque se les explique que les da acceso a un lugar para vivir y a una cierta cantidad de alimentos. También fuera de los campos las cosas se están volviendo cada vez más difíciles. Aquí en Bamako, los tenderos y funcionarios públicos del norte están haciendo colas para conseguir cincuenta kilos de arroz. En sus caras se ve claramente la vergüenza que sienten. Aquellos que no pueden rehusar estas donaciones se sienten como si hubieran caído en la más profunda degradación y por este motivo muchos de ellos prefieren mandar a sus hijos en su lugar. A algunos, aunque no están en una situación mucho mejor, se les ve más a menudo ayudando a otros antes que extendiendo sus manos. Quienes tienen medios se han trasladado a Niamey, Uagadugú, Dakar, Nuakchot e incluso a Europa. Una vez allí, esperan a que las cosas se calmen.

Cuando escribo estas líneas, la radio está informando de choques entre tropas franco-chadianas y yihadistas en el Adrar de los Iforas, en la región de Kidal, y anuncia el arresto de soldados malienses acusados de llevar a cabo represalias contra los tuaregs. Espero que se abra una investigación imparcial. Para que la investigación fuera completa, también debería ocuparse de la masacre de soldados malienses en Aguelhok el 24 de enero de 2012. Pero no cuento con ello; los responsables fueron los aliados de los franceses, de modo que los labios quedarán sellados. Como todas las guerras modernas, este es por encima de todo un conflicto mediatizado, y las atrocidades que se condenan están cuidadosamente seleccionadas.

Saint-Louis, 4 de septiembre de 2013

Mi querida Aminata:

La semana pasada hice un breve viaje a París y, en cuanto regresé, me puse a leer los periódicos que me habían guardado. Normalmente es un ejercicio bastante decepcionante, pero de vez en cuando encuentras verdaderas perlas. Así descubrí que, por una vez, varios diarios estaban publicando una historia sobre las relaciones entre Senegal y Malí. La razón de este repentino interés por tu país no era el contingente de valerosos soldados senegaleses en la Misión de Apoyo en Malí. No, la respuesta está en un número, el 87. Para ser más preciso, 87 francos CFA. Según la prensa, esa era la asombrosa suma pagada en abril de 2003 por nuestros respectivos expresidentes, Abdoulaye Wade y Alpha Oumar Konaré, por el metro cuadrado de terreno en Saly Portudal, el centro

de vacaciones donde se congregan nuestros *nouveaux riches*. De Wade, que nunca hace nada a medias, se dice que se reservó 28.813 metros cuadrados. Konaré, eso dicen los periódicos, fue diez veces menos codicioso y se quedó con solo 2.117 metros cuadrados. Felicidades, querida, por la humildad y moderación de vuestro anterior presidente. Un amigo extranjero a quien le conté la historia exclamó. «¿Wade? Claro, ¡es su país! ¿Pero Konaré? ¿Por qué quería ensuciarse las manos con terrenos en Senegal?». Le contesté con una sonrisa: «Eso es lo que llamamos panafricanismo a la inversa. Nuestros amados líderes se reúnen en un grupo para destruir sistemáticamente África país por país».

Encuentras la misma locura de un jefe de Estado a otro, la misma megalomanía. A pesar de las diferencias de edades y de historias, Wade y Konaré estaban ambos deseosos de festejar sus reinados con monumentos costosos, feos y sin sentido. Los he visto en cada esquina de Bamako y el mundo entero se burló ante el gigantesco «Monumento al Renacer de África» de Dakar, terminado en 2010 y realizado por escultores de Corea del Norte, que, como todo el mundo sabe, se especializan en inmortalizar los delirios de grandeza de los tiranos.

La palabra «soberanía» ha aparecido más de una vez en nuestras cartas. Es una cuestión tan fundamental que hoy quiero detenerme en ella. Cuando alcanzamos la independencia, todo giraba en torno al «desarrollo». Devoraba a todo lo demás: el socialismo africano de Senghor y las vagamente autogestionadas cooperativas de Mamadou Dia en Senegal; los «pueblos *ujamaa*» de Nyerere en Tanzania, y por último, pero no menos importante, las variaciones sobre el modelo comunista en todo nuestro continente. Después, al comienzo de la década de 1990, nuevas generaciones decidieron que el principal obstáculo, o quizá el único, para la prosperidad era la falta de pluralismo. Y todos nos lanzamos a luchar por la libertad de expresión, la democracia multipartidista y el derecho a elegir a nuestros dirigentes mediante elecciones transparentes. Todas estas batallas merecen un gran respeto, especialmente porque en algunos países docenas, incluso centenares de personas dieron su vida para conseguir un sistema político más abierto.

Sin embargo, todo el mundo es plenamente consciente de que el sistema democrático también ofrece una posición ideal para fuerzas que acechan en la oscuridad y que a menudo tienen un poder económico y una capacidad de maniobra casi infinitos. Todas las elecciones, ya sean en Senegal,

Zimbabue o Malí, están supervisadas no solo por la sociedad civil, sino también por un batallón de observadores extranjeros que controlan las fuentes de financiación y que se han convertido en la principal fuente de legitimación de los resultados. Ciudadanos que han votado por la mañana están esperando por la noche con expectación las breves frases pronunciadas por la Unión Europea, el National Democratic Institute o la Carter Foundation; su opinión es mucho más decisiva que las declaraciones de los propios candidatos. Este es el talón de Aquiles de nuestros procesos electorales, que no obstante, despiertan grandes esperanzas entre nuestras gentes. También es la razón por la que los políticos africanos, que saben cómo funcionan las cosas, se preocupan menos por persuadir a sus compatriotas que por dar garantías de docilidad a distantes patrocinadores extranjeros.

¿Hay alguna comparación que hacer con la Primavera Árabe? Cuando en Túnez estalló la revuelta, escribí un artículo que acababa con las palabras: «¡Bienvenidos al club!», refiriéndome a que Túnez podía decir adiós a su soberanía. Te cito el siguiente pasaje de una carta abierta del escritor tunecino Mezri Haddad al actual embajador estadounidense en Túnez, Jacob Wallis:

Excelencia, vuestro predecesor Gordon Gray se quejaba de que tuvo que esperar seis meses antes de ser recibido por el ministro de Asuntos Exteriores de Ben Ali. Desde que se produjo la «Revolución de los Jazmines», saludada por Obama y bendecida por Bin Laden antes de su sincronizada eliminación, jóvenes y viejos, actuales y futuros ministros, miembros del Gobierno y de la oposición, periodistas, capitalistas, marxistas etcétera, están todos haciendo cola a las puertas de vuestra oficina. No reprocho vuestro nacionalismo ni vuestro entusiasmo por defender los intereses de vuestro país; lamento al falta de dignidad de mi propio pueblo y toda la energía que está empleando para destruir lo que queda del suyo.

Habiendo vivido en Túnez durante los años finales del régimen de Ben Ali, entiendo la amargura del autor de esas observaciones. Ahogada por una implacable red policial, Túnez sin duda estaba deseando respirar el aire de la libertad. Se produjo la necesaria ruptura histórica, pero nos podemos preguntar a nosotros mismos si el grado de implicación externa no la ha pervertido.

De todos modos, es imposible imaginar a los soldados tunecinos desfilando por los Campos Elíseos el 14 de julio, celebrando la Fiesta Nacional de la antigua potencia colonial. Esta es una infamia a la que parece que solamente nosotros, las excolonias africanas, somos capaces de resignarnos. Ninguno de nuestros jefes de Estado se atreve a declinar

una invitación dirigida a mostrar al mundo que París todavía es el amo absoluto de estas tierras. La oposición no está mejor situada para exigir un poco de respeto de los extranjeros: la mayor parte come en la mano del embajador francés. Ellos también saben que sus futuros personales y políticos —por ejemplo, un puesto como adlátere internacional con un elegante título— dependen de su capacidad para sonreír y aguantar. Hemos llegado hasta un punto en el que París, después de haber tomado el control de la clase política (gobierno y oposición) y de la sociedad civil (activistas de los derechos humanos, artistas, escritores, académicos y periodistas), está ahora en posición de mearnos encima abundantemente sin que nadie emita una palabra de protesta.

Pero nunca hay que renunciar a la esperanza. El tiempo histórico quizá va demasiado despacio para nuestra justificada impaciencia. Después de todo, no hace tanto tiempo que América Latina estaba bajo la bota de la CIA. Sus presidentes se elegían en la Casa Blanca de acuerdo con los intereses de Estados Unidos, tiranos como Stroessner, Pinochet y Videla. Pero mira cómo son las cosas ahora: en apenas tres décadas la situación se ha transformado. Hablo de esa experiencia solamente como una posible fuente de inspiración, no estoy diciendo que podamos o debamos copiarla. En última instancia, la América Latina de la actualidad es tanto hija de Simón Bolívar como del Che Guevara. Allí la memoria de las múltiples formas de resistencia al capitalismo estadounidense y a sus titeres se ha mantenido viva durante generaciones. No necesito hablarte del decisivo papel que escritores y artistas desempeñan en este profundamente asentado proceso. A posteriori, la amistad entre Gabriel García Márquez y Fidel Castro parece muy significativa. Todo el mundo puede entender esto mejor ahora que el «Líder Máximo» por fin ha pasado página sobre cincuenta años de soledad. Además, el patriarca cubano ha establecido un precedente: hace unos días, en Estados Unidos, Rafael Correa aseguró que Ecuador no negociaría con su orgullo, añadiendo con irritación que estaba dispuesto a facilitar fondos a Estados Unidos para programas de lucha contra la tortura, la pena de muerte y otros tratos inhumanos y degradantes. Las elites africanas, y especialmente aquellas de la llamada zona francófona, se dejan pisotear sin ninguna reacción semejante. ¿Qué podría ser más insultante que la audiencia *conjunta* concedida por Obama, y encima en dos ocasiones, a cuatro de sus colegas africanos en la Casa Blanca? Cualquiera que sea la manera de verlo, la única palabra para esto es desprecio.

Mi querido Boris:

¡Qué rápido pasa el tiempo! Ya han transcurrido casi tres meses desde la primera vuelta de las elecciones presidenciales. En mi familia todos estaban muy excitados. Me preguntaron varias veces si tenía mi carné de identidad, y como no me lo había sacado todavía, uno de mis sobrinos, se ofreció para hacerlo por mí: «Dame tu justificante del censo y yo recogeré tu carné»⁶. Temía que yo fuera a boicotear estas elecciones que, para él, significaban el fin de la crisis. En realidad, como la mayoría de los malienses, hasta el último momento él mismo dudaba de la viabilidad de las elecciones. Le hubiera gustado abstenerse aunque solo fuera para poner en su sitio a los políticos franceses. Hollande, Fabius y Le Drian nos han asombrado con sus repetidas advertencias y su indecente prisa para hacer que el tiempo militar coincida con el político. En abril de 2013, Le Drian declaraba abiertamente a Radio France Internationale:

Creo que estos rumores sobre la necesidad de retrasar la fecha están debilitando todo el trabajo militar que se ha realizado hasta ahora. Técnicamente, es posible celebrar estas elecciones y por eso habría que hacer todo lo necesario para celebrarlas. Porque está en juego la credibilidad de Malí, de la acción de los pacificadores de Naciones Unidas, del trabajo europeo para entrenar al ejército de Malí y de la intervención francesa.

Era una tentación preguntar a este caballero ¿Cuál es la conexión entre esta forzada precipitación y un normal y saludable ejercicio del proceso democrático? ¿No correspondía a nuestro pueblo decidir la fecha de las votaciones para permitir que todos –desplazados, refugiados y nuestros conciudadanos en el norte– tomaran parte?».

La participación, que normalmente oscila entre el 20 y el 30 por 100, subió hasta el 50 por 100 en la primera vuelta. Hubiera podido ser mayor si no hubiera sido por las terribles condiciones en las que se organizaron las elecciones y que fueron constantemente denunciadas. Cuando llegó el gran día, mis parientes y unos cuantos amigos y vecinos me vinieron preguntando si había votado o cuándo iba a ir al colegio electoral. Al final alguien dijo: «Nosotros nos adelantamos y te decimos cuándo puedes venir para que no tengas que hacer colas». Fui alrededor de las tres de la tarde Te voy a contar un pequeño secreto que puede que te sorprenda y que quizá asombre a esos ingenuos para los que unas elecciones son el

⁶ RAVEC (Recensement Administratif à Vocation d'État Civil): censo de población de Malí.

alfa y omega del sistema pluralista: estaba votando por primera vez en mi vida. No soy la única persona en Malí en esa situación. Si el grado de abstención es aquí muy elevado –el 70 por 100 de media–, es porque todo el mundo está convencido de que los datos están trucados y que aquellos a los que elijamos nunca tendrán más que una sombra del poder. Durante las elecciones presidenciales de 2007, por ejemplo, escuché a un hombre mayor en Djenné preguntarle a su hijo: «Dime, ¿a quién ha elegido Francia esta vez?». Y el joven contestó sorprendido: «¡Pero papá, si somos nosotros los que votamos!». El padre replicó con burla: «Sí, hijo, tú votas, pero Francia elige».

Para Francia se suponía que iba a ser una simple formalidad, la transferencia y legitimación del poder. El 19 de septiembre de 2013, el día de la ceremonia de investidura de Ibrahim Boubacar Keita, los titulares del grupo francés TFI decían con arrogancia: «Malí: siete meses después, Hollande regresa para investir al nuevo presidente». Sin embargo, el pueblo maliense transformó la elección en una cierta clase de referéndum sobre Keita, algo que confieso que no me esperaba. Él tendrá que reconstruir el Estado y el ejército y hacer frente al radicalismo islámico. ¿Pero qué pasa con el sistema económico que nos llevó a este caos? Si nos atenemos a su hoja de ruta, la «comunidad internacional» enfoca el relanzamiento de la economía maliense puramente en términos de fondos de ayuda que hay que recaudar y de patrones de «buena gobernanza» que hay que imponer de acuerdo con los criterios e intereses de los que están en el poder. El 15 de mayo en Bruselas anunció la suma de 3,25 millardos de euros. Pascal Canfin, del Partido Verde, en aquel momento ministro de Estado para el Desarrollo –convencido de que la gestión responsable de la contribución de su país, una suma de 280 millones de euros, era clave para el éxito–, creó una página web para mantener informados a los ciudadanos franceses y malienses de lo que se estaba haciendo con el dinero. ¿Qué le hizo pensar que todos, o la mayoría, de los malienses tienen acceso a Internet? Fue una broma que no nos pareció graciosa. Además, sabemos que esta «ayuda» monetaria irá a parar mayoritariamente a hombres de negocios franceses que ya están compitiendo para sacar la mayor tajada. Una delegación de alrededor de treinta empresarios vino a explicar la situación bastante claramente. Incluso el concurso para la restauración de las tumbas de Tombuctú, de las que siempre se han ocupado familias de la ciudad, ha sido entregado a un arquitecto francés. Aquí es donde se cierra el círculo de la falsedad. Y dentro de él, nuestro pueblo baila hasta que no le queda aliento porque

una parte patética del botón le llegará a través de toda clase de turbios artificios. Lo más triste de todo es que el precio de nuestra seguridad, en cualquier caso ilusoria, será un letal nivel de endeudamiento, la otra cara de la misma malevolente moneda que llaman «ayuda».

NEW LEFT REVIEW

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

Tarifas de suscripción a la revista *New Left Review* en español

Para España

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [55 €]

Suscripción anual para Instituciones [200 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [20 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Para Europa

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [85 €]

Suscripción anual para Instituciones [300 €]

una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [30 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Resto del mundo*

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [120 €]

Suscripción anual para Instituciones [350 €]

una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [50 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

* Excepto en la República del Ecuador. Para dicho país deben contactar con el Instituto de Altos Estudios Nacionales - IAEN (<http://iaen.edu.ec>)

Formas de pago

Se puede realizar el pago mediante tarjeta de crédito, transferencia bancaria o domiciliación bancaria a través de nuestra página:

<http://traficantes.net/nlr/suscripcion>

Para cualquier duda podéis escribirnos a nlr_suscripciones@traficantes.net